El último Napoleón

Carlos Roca

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: El último Napoleón
Autor: © Carlos Roca

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Diseño y realización de cubiertas: eXpresio estudio creativo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-161-1
Fecha de edición: Abril 2011

Printed in Spain
Imprime: Graphycems
Depósito legal: NA-714-11

A los valientes hombres y mujeres de
las Fuerzas Armadas y los cuerpos
de seguridad del Estado español caídos
en la lucha antiterrorista

En recuerdo de
Ester Bonet

Índice

Prólogo 13

Introducción 21

PRIMERA PARTE
De la Francia revolucionaria al Imperio napoleónico 27

Napoleón Bonaparte 30
Napoleón III 33
La familia imperial 39
Un príncipe sin corona 47
El esplendor del II Imperio 55
Eugenia de Montijo, la gran embajadora de Francia 57
Los años tristes 60
El hundimiento del II Imperio francés 62
La huida de la emperatriz 73
El príncipe también escapa 77
Napoleón III en Inglaterra 80
La vida en la academia militar 83
La muerte del emperador 94
La mayoría de edad del príncipe 95

SEGUNDA PARTE
El sol se volvió negro 99

Shaka, el Napoleón africano 104
Nacidos para la guerra 109
Abelungus, criaturas de mar pálidas 118
El día del llanto 120
Guerra civil zulú por la sucesión 123
El lavado de las lanzas 128
Los casacas rojas en territorio zulú 136
Isandlwana, la mayor derrota de la era colonial británica 141
Un general anonadado 154
El alto precio de la victoria zulú 157
Mojado con sangre 161
El príncipe decide ir a la guerra 164
Guerra total 168
La masacre del río Ntombi 170
Khambula, la batalla decisiva de la guerra 172

TERCERA PARTE
Valiente como un león herido 183

Llegan los refuerzos 187
Se inicia la segunda fase de la guerra 193
Jugando con la muerte 198
El día de la infamia 208
Conmoción en el campamento británico 219
La corte marcial 230
Una nación consternada 237
Funerales de Estado por el príncipe imperial 243
Los zulúes devuelven la espada del príncipe 248
La batalla de Ulundi 254
El dolor de una madre 261
La emperatriz viaja a Zululand 267
¿Estás ahí, hijo mío? 273
Muerta en vida 277

Epílogo
El final de dos grandes dinastías 285

Cronología 299

Bibliografía 311

Prólogo

El lector que tenga en sus manos este libro y no conozca nada de la obra anterior de Carlos Roca quedará sorprendido ante la minuciosa recreación de los hechos que relata y la escrupulosa veracidad de los mismos. Sus libros están preñados de datos y detalles, pero su técnica literaria hace que estos, en lugar de abrumarnos, nos atrapen y nos impidan abandonar la lectura. La gran virtud del autor es convertir la historia en un relato sin necesidad de acudir a la ficción. Aquí no aparecen personajes inventados ni se usan licencias literarias, aquí se narra lo que sucedió con pelos y señales, porque difícilmente nadie puede imaginarse algo más apasionante y entretenido que la realidad histórica.

Después de que Carlos escribiera su anterior obra, *La auténtica historia de las Minas del Rey Salomón,* le entrevistamos en el programa *Herrera en La Onda* para que nos contase cosas sobre el libro. Sus conocimientos y su apasionamiento en el relato nos cautivó hasta el punto de obligarle a venir cada lunes para recrearnos pasajes de la historia. En este tiempo nos ha hecho disfrutar con David Crockett, con el general Custer, con Alejandro Magno… Nos ha demostrado que algunos hechos que creíamos a pies juntillas no eran más que leyendas transmitidas de boca en boca, y nos ha enseñado a gozar con las pequeñas historias de la historia.

En *El último Napoleón* aprovecha la muerte de un muchacho de veintitrés años, Luis Eugenio Bonaparte, hijo de Napoleón III y Eugenia de Montijo, para contarnos la segunda mitad del siglo XIX, un período apasionante y desconocido para muchos. Personajes como la reina Victoria de Inglaterra, Disraeli, Eugenia de Montijo, o el propio Napoleón III, se entremezclan con las vidas de los reyes zulúes o los soldados ingleses. En estas páginas todos son protagonistas: los caballos tienen nombre, las armas tienen forma, y los paisajes tienen alma. Esa es la virtud y el éxito de Carlos Roca, apoyarse en los pequeños detalles para que el lector se meta en el marco de los personajes.

Leer este libro es viajar en el espacio y el tiempo, lo que nos permitirá sentir en carne propia el pánico del soldado rodeado de enemigos dispuestos a acribillarlo, ver de cerca las técnicas de lucha de los legendarios zulúes, e incluso sentir el sabor pegajoso y dulzón de la sangre como si brotara a nuestro lado. Pero también nos aclarará la realidad de muchos personajes que con el paso de los años se han convertido en meras comparsas de la historia cuando en realidad cambiaron el transcurso de la misma. ¿Qué hubiera ocurrido si a Luis no lo matan en Sudáfrica y se casa con la hija de la reina Victoria de Inglaterra? ¿Qué habría pasado si su padre no se rinde a los alemanes y muere en combate? Sin duda la historia del siglo XX hubiera sido distinta.

Supongo que esta obra, como las anteriores del autor, se traducirá a varios idiomas y se venderá por todo el mundo pero, para los españoles, la principal figura del libro será María Eugenia de Montijo, la granadina que, como decía la copla de Ochaíta, León y Quiroga: «y [cambió] las aguas del Darro por las del Sena». Aquí su figura se engrandece y deja de ser un personaje de opereta para mostrársenos tal cual fue: una mujer dolida por las continuas infidelidades de su marido y destrozada por la prematura muerte de su hijo.

Carlos Roca no sólo es un escritor de éxito sino que además es director regional de Onda Cero en Murcia y padre de familia numerosa, lo que aumenta mi admiración por él ya que no me siento capacitado para hacer tantas cosas a la vez, y menos tan bien como las hace el autor. ¿Se imaginan cuántas horas de estudio y de investigación habrá detrás de este trabajo? ¿Se imaginan cuántas noches sin dormir? Sólo la pasión y el afán de conocimientos hacen posible que una persona le dedique tanto esfuerzo y cariño a un proyecto. Y eso se trasmite en cada página de la obra.

El lector se dará cuenta de que está ante un trabajo impresionante donde conviven en perfecta armonía la curiosidad del periodista y la minuciosidad del historiador gracias a la extraordinaria habilidad de Carlos Roca para contar historias.

Por último permítanme un consejo: no lea este libro en la cama porque le atrapará, le impedirá conciliar el sueño, y en ese duermevela se verá cabalgando por los inmensos paisajes africanos rodeado de fieros guerreros zulúes que blanden sus azagayas para atacarle.

José Antonio Naranjo Alfaro
Subdirector de *Herrera en la Onda*

Telegrama urgente para la Secretaría de Estado para la Guerra
Recibido: 22.15 horas, oficina principal de Londres, 19 de junio de 1879
Enviado: día 2 de junio, enlace del servicio Durban-Ciudad del Cabo-Madeira-Londres

A la atención del coronel Frederick Arthur Stanley:
El Príncipe Imperial, bajo las órdenes del ayudante del coronel Richard Harrison, quien le acompañó parte del camino el día 1 de junio, y siguiendo después con su ayudante el teniente Carey, me informan que el Príncipe Imperial y dos soldados de caballería de la policía montada, según lo relatado por el teniente Carey, quien se escapó y alcanzó este campamento por la noche, y las pruebas tomadas, muestran que sin duda el Príncipe ha sido asesinado. El 17.º de lanceros y una ambulancia recuperan ahora el cuerpo, pero envío este correo de manera inmediata. Desconocía que el Príncipe hubiera sido enviado para esa misión.

Teniente general lord Chelmsford,
comandante en jefe de las Fuerzas de Su Majestad en África del Sur

Residencia del Gobernador. Pietermaritzburg, Natal
10 de junio de 1879
Del gobernador de Natal, sir Henry Bulwer, a Su Excelencia sir Michael Hicks Beach, secretario de Estado para las colonias

Señor, tengo el honor de trasmitiros, para vuestro conocimiento, la recepción que ha tenido lugar en Pietermaritzburg de los restos mortales del Príncipe Imperial, Luis Eugenio Napoleón, muerto en Zululand el primero de este presente mes de junio, y para mostrarle la gran pena exhibida en toda la colonia acerca de esta triste y deplorable calamidad. El cuerpo llegó a Pietermaritzburg el domingo día 8, a las dos de la tarde, ha sido recibido a la entrada de la ciudad por las autoridades civiles y militares, y acompañado por una gran afluencia de gente en solemne procesión hasta la iglesia católico-romana. En las calles, por donde pasaba la procesión, a cada lado la mayor parte de los habitantes estaban vestidos de luto, el cual era aún más evidente en las ornamentaciones de las casas. El mayor de los respetos presidió esta ceremonia. La conducta del pueblo de Pietermaritzburg ha sido ejemplar por el respeto, simpatía y solidaridad mostrados por todas partes.

El día siguiente, a las ocho de la mañana, tuvo lugar una misa de réquiem, a la que asistieron todas las autoridades civiles y militares. Después de la ceremonia, el cuerpo fue preparado para ser enviado a Durban escoltado por militares y la policía montada de Natal. El coronel Mitchell, secretario colonial, acompañó el cuerpo hasta su embarque en el buque de guerra atracado en Puerto Natal.

A día de hoy, la colonia sigue mostrando sus sentimientos de dolor ante esta irreparable pérdida.

Sir Henry Bulwer,
gobernador de la colonia de Natal

Introducción

El 1 de junio de 1879 Napoleón Luis Eugenio Juan José Bonaparte, único hijo legítimo del emperador Napoleón III y la emperatriz de origen español Eugenia de Montijo, cayó muerto como consecuencia de las 18 heridas de lanza que había recibido, todas ellas en la parte frontal de su cuerpo, por parte de una avanzadilla del Ejército zulú. Con él desaparecieron las últimas aspiraciones bonapartistas con alguna posibilidad real de recuperar el trono de Francia.

Los nativos que acabaron con la vida de este valiente joven pertenecían al pueblo más conocido de África. Su fama de guerreros ha trascendido sus propias fronteras, gracias también a su cultura y tradiciones, transmitidas oralmente desde hace más de cuatrocientos años, lo que les otorga un protagonismo destacado en la historia de África y de la humanidad en su conjunto. La poesía, la música o el baile zulúes, junto a otras expresiones culturales y artesanales, los han puesto en un lugar preeminente. Pero, sobre todo, la influencia de la guerra en este pueblo tan militarizado desde la niñez es lo que ha contribuido decisivamente a su notoriedad mundial desde el siglo XIX hasta la fecha.

La guerra que los zulúes mantuvieron contra los regimientos de la reina Victoria durante siete meses y el impacto que eso tuvo en su momento en la opinión pública han cautivado desde entonces a varias generaciones ávidas de conocer los detalles de esta temida y poderosa tribu

africana. Paradójicamente, su propio poder, al que los colonialistas blancos temían hasta extremos paranoicos, fue lo que marcó el fin de su imperio, fundado por el rey zulú Shaka, a quien curiosamente se llamó, por sus cualidades militares, *el Napoleón africano.*

A finales de la década de los años setenta del siglo XIX, la presencia de unos 40.000 guerreros zulúes dependiendo de la voluntad de su rey —que era presentado injustamente como un tirano— terminó convirtiéndose en una amenaza latente para la paz en África austral, o al menos así lo consideraron aquellos que le declararon una de las primeras guerras preventivas conocidas de la era moderna y que tuvo trágicos resultados. Finalmente, los zulúes fueron dominados gracias a la tecnología del hombre blanco, pero al costo de más de 2.000 casacas rojas y aliados muertos y, sobre todo, 10.000 zulúes que nunca más volvieron a sus hogares. Todo esto sólo habría constituido una más de las grandes campañas militares del Imperio británico mientras duró el reinado de Victoria, si no fuera porque en ese tiempo sufrieron la más severa derrota colonial producida por tropas nativas y el dramático suceso de la muerte de Luis Eugenio.

La muerte estéril e infructuosa del joven príncipe no afectó al desarrollo de la guerra, pero su trágico final despertó en Europa entera un enorme interés y una grandísima aflicción y solidaridad con su madre. Francia en particular quedó conmocionada cuando supo lo ocurrido; hasta los republicanos se llegaron a preguntar cómo era posible que tan lamentable suceso hubiera acontecido. Su intempestiva muerte generó durante un tiempo una corriente de opinión favorable a la causa bonapartista, aunque tímidamente entre los periódicos republicanos. La mayoría de los franceses no quería abandonar la república y su democracia, pero la pérdida sufrida por los bonapartistas generó nuevas simpatías hacia ellos. Se decía que en su testamento político, Napoleón III había dejado escrito que, en caso de fallecimiento de su hijo, le sucediera su sobrino Víctor, un joven de diecisiete años, nieto de Jerónimo Bonaparte. Pero todos, republicanos y monárquicos, sabían que la dinastía imperial, al menos en su determinación y opciones, había acabado cuando el príncipe imperial exhaló su último aliento bajo las azagayas zulúes.

La presencia de un Napoleón en Inglaterra y, más concretamente, en una de sus academias militares —Woolwich—, de la que salió como teniente de artillería, aunque sin destino, fue también en su momento un motivo de controversia. Todavía vivían algunos de los veteranos de las

campañas napoleónicas y una pequeña parte de la sociedad, sobre todo la londinense, veía con cierto resquemor la presencia de la desterrada familia imperial en suelo británico. A pesar de ello, consiguieron el aprecio de la mayoría de la gente y, especialmente, Luis Eugenio se convirtió en alguien singular ganándose, sobre todo con su muerte, un enorme respeto, además de apelativos como «el invitado de nuestro Ejército», «un joven encantador y delicado», «se hizo un hombre en Inglaterra», «un joven prometedor», etc.

En el fondo, su ilustre apellido fue más un problema que una bendición para él, ya que se sintió en la necesidad de calmar el hambre de gloria que este suponía. Su padre había levantado el Segundo Imperio francés, más por el manto y prestigio adicional que le proporcionaba ser un familiar de Napoleón Bonaparte que por sus propios méritos, por lo que el Segundo Imperio terminó siendo más un espejismo que una realidad, con un representante que carecía del genio de su antecesor. En el mejor de los casos, una gloria falsa y efímera fue lo que heredó este muchacho y, de alguna manera, su única posibilidad de poder adquirir algo de prestigio era demostrándose a sí mismo, y sobre todo a la Francia republicana, que en caso de una remota restauración, como mínimo tendrían al frente a un hombre valiente. El valor, inculcado en él desde la niñez y en todos los órdenes de su existencia, fue su principal objetivo y, ciertamente, lo demostró dando su propia vida.

Con el paso de los años, el conflicto con los zulúes y, con él, la propia muerte de Luis Eugenio —salvo para algunos apasionados de la historia— fue olvidándose, hasta que, en 1963, el tema adquirió una renovada notoriedad con el estreno de la película *Zulú,* protagonizada por Stanley Baker y Michael Caine. Basada en una de las grandes batallas de la guerra contra los zulúes, concretamente el ataque a la estación misionera de Rorke's Drift, se convirtió en una de las películas más taquilleras de la historia del cine de aventuras y en un clásico del séptimo arte que todavía resulta enormemente agradable de ver. Con una ambientación casi perfecta, y un rodaje a caballo entre Inglaterra y Sudáfrica, la película narra con extraordinaria credibilidad el valor de los zulúes en el ataque y la heroica defensa de un puñado de casacas rojas.

La película *Zulú* consiguió captar nuevamente el interés mundial por lo que realmente ocurrió en África del Sur y, con ello, de manera colateral, el triste acontecimiento de la muerte del príncipe imperial. Las nuevas investigaciones de finales del siglo xx y principios del xxi han

sacado a la luz mucho de lo acontecido y cómo la guerra contra los zulúes consiguió la caída del Gobierno de Benjamín Disraeli. Nadie, ni en la peor de sus pesadillas, hubiera imaginado que los zulúes, a los que se consideraba por entonces poco menos que un pueblo de salvajes anclado en el Neolítico, fueran capaces de acabar con varias compañías de la mejor infantería del mundo. Las noticias de la gran victoria zulú en la batalla de Isandlwana, acontecida el miércoles 22 de enero de 1879 a los pies de la colina del mismo nombre, que supuso la pérdida de 1.329 oficiales y soldados de las tropas coloniales, no llegaron a Londres hasta la noche del 10 de febrero del mismo año. En ese momento, Inglaterra estaba de nuevo involucrada militarmente en Afganistán y se temía que el conflicto pudiera desembocar en una nueva guerra contra Rusia, como ya había ocurrido en Crimea. El posterior suceso de la terrible muerte del joven príncipe imperial en el exilio, que inicialmente se había unido a la campaña meramente como observador, fue la puntilla final para un Gobierno profundamente desgastado por la guerra; por ello, la opinión pública terminó retirando su confianza a los conservadores, que perdieron las siguientes elecciones.

La muerte de Luis Eugenio Bonaparte nunca habría ocurrido si el alto mando británico hubiera tomado todas las medidas de precaución para su conveniente protección, como así fue solicitado por el duque de Cambridge a lord Chelmsford. Pero ¿es posible que los británicos desearan que nunca más un Napoleón volviera a sentarse en el trono de Francia? ¿Tomó lord Chelmsford, como comandante en jefe de las fuerzas de su majestad desplegadas en Zululand, todas las medidas necesarias o deliberadamente omitió alguna de ellas, participando quizá de un complot oculto? ¿Es posible que la silla de montar que se le había roto al príncipe el día anterior fuera mal reparada con la clara intención de que se cayera de su caballo? Muchas de estas preguntas fueron hechas en su momento y algunas todavía continúan sin respuesta. Adéntrese en algunas de las incógnitas que la sociedad británica y francesa plantearon en su momento y, a través de la narración de los hechos, conozca lo que realmente ocurrió en ese remoto rincón del mundo cuando un joven de 23 años, en la flor de la vida, se enfrentó solo a siete guerreros zulúes, lo que, probablemente, cambió el destino de Europa para siempre. Esta es la historia, trágica y heroica, de los hechos que condicionaron su vida: la Francia revolucionaria, el espejismo del Segundo Imperio, la vida de la familia imperial en la ciudad de la luz, el drama del destierro en Inglaterra, los

acontecimientos que llevaron a la guerra contra los zulúes y, por último, el cauce seco de un perdido rincón de África austral, donde, bravamente, el último Napoleón murió sin dar nunca la espalda a sus enemigos.

El autor desea mostrar su especial agradecimiento a la Embajada de Sudáfrica en España, Fundación Napoleón de París, Red de Museos Nacionales de Francia, Museo del II Imperio del castillo de Compiegne, Museo Nacional del Ejército Británico y Museo Imperial de la Guerra en Londres, Real Academia Militar de Sandhurst en Berkshire, Sociedad de Historia Militar Sudafricana en Johannesburgo, Archivos Nacionales de Sudáfrica en Pretoria, Archivos de Ciudad del Cabo, Universidad de Natal, Museo Voortrekker en Pietermaritzburg, Galería de Arte de Durban, Departamento de Turismo de KwaZulu-Natal, Museo Talana en Dundee y a Glenn Flanagan, fundadora de la Ruta del príncipe imperial Luis Eugenio en Zululand.

Carlos Roca
España-Sudáfrica

Primera parte
De la Francia revolucionaria al Imperio napoleónico

Sin una aristocracia, no puede haber ninguna sociedad que progrese en las materias intelectuales o artísticas.

Napoleón Luis Eugenio Bonaparte

En 1789, con motivo de la Revolución francesa, comenzó la historia contemporánea. El hecho de que un nuevo período histórico comience con una fecha indica la importancia decisiva de la misma —y esta es una de ellas— por sus efectos políticos y sociales, los cuales, en muchos aspectos, continúan vigentes. La igualdad y la libertad —religiosa o de opinión— que hoy disfrutamos en el mundo occidental son fruto de esta revolución que sentó los derechos del hombre acabando con el sistema feudal que casi divinizaba a la realeza y enaltecía a la nobleza. Desde entonces, en principio, el bien para el pueblo y la libertad han sido el espíritu que hemos heredado de un tiempo que, como veremos más adelante, a pesar de ello fue en su origen turbulento y sangriento.

Por entonces, Francia era el país más importante de Europa, pero estaba claramente dividido en tres estamentos: la nobleza, el clero y el tercer estado. Sólo este último hacía posible mantener a los otros dos que, dueños de casi toda la riqueza del país, apenas pagaban impuestos. En teoría, por encima de todos, estaba el rey, Luis XVI, pero su figura estaba debilitada. Atrás había quedado ya la época dorada de la monarquía francesa con Luis XIV —el Rey Sol—, respetado por el pueblo y que llevó a Francia a su más alto prestigio.

Entre 1789 y 1791 Francia vivió una crisis financiera sin precedentes. La monarquía había hecho todo lo posible para evitarlo, en complicidad con las medidas gubernamentales, pero todo fracasó estrepitosamente. La única alternativa descansaba en que todos pagaran impuestos, a lo que inmediatamente el clero y la nobleza, que no querían perder sus enormes privilegios, se opusieron permitiendo que el campesinado y los humildes fueran víctimas del hambre y la miseria. En mayo de 1789 se convocaron los Estados Generales, representando al conjunto de todos los estamentos, quienes llevaban sin ser convocados desde 1614. De los 1.139 diputados, 578 pertenecían al pueblo llano —que era el 97% de la población— mientras que el resto era para los representantes del clero y la nobleza. Estos últimos sabían que eran minoría por muy poco y no querían que se votase nada por cabeza, ya que entonces saldrían perdiendo, mientras el tercer estado estaba convencido de que su éxito dependía de ello. El país necesitaba salir de la crisis y tener una nueva Constitución y el 20 de junio de 1789, conocido desde entonces como El Juramento del Juego de Pelota, los miembros de la Asamblea Nacional (nuevo nombre que se adjudicaron los parlamentarios del tercer estado) se juramentaron para no separarse hasta tener una nueva Constitución. Ante el miedo de perder por votación, el clero y la nobleza participaron en los debates e intentaron ganar inútilmente adeptos a su causa.

Temeroso e impaciente por el resultado, Luis XVI, viendo que se le escapaba el poder absoluto de las manos y que el descrédito internacional de Francia era enorme, no quiso esperar más y movilizó a más de 25.000 soldados en Versalles. La ciudad de París reaccionó creando una milicia. Poco después, la turba comenzó sus asaltos y se apoderó de gran cantidad de armas dirigiéndose inmediatamente hasta la fortaleza-prisión de la Bastilla, símbolo del poder del rey. Tras varias horas de durísimos combates, la guarnición perdió la batalla y en algunos casos sus soldados fueron ultrajados por la enardecida multitud. Había comenzado la Revolución francesa.

Ciudades y pueblos enteros, al enterarse de la toma de la Bastilla, también atacaron las propiedades de la nobleza, lo que provocó que se votara con urgencia la abolición de los derechos feudales y toda clase de privilegio de sangre, para frenar los disturbios. Por primera vez, en varios siglos, todos los hombres eran en Francia iguales ante la ley.

En 1791 se aprobó la nueva Constitución, a pesar de la continua hostilidad de Luis XVI, incapaz de asumir los nuevos tiempos. Lleva-

dos por los ideales revolucionarios, la Asamblea Legislativa le declaró la guerra a Austria, lo que resultó todo un fracaso militar y desembocó, al creerse que el rey había traicionado a la nación, en el asalto a las Tullerías del 10 de agosto de 1792, con la decisiva participación de los célebres patriotas *sans-culottes* ('sin calzón'). El rey fue apresado y encarcelado después de que su guardia suiza, compuesta por casi 900 hombres, fuera asesinada por el populacho. Tras ser sometido a juicio, Luis XVI fue guillotinado el 21 de enero de 1793.

Francia entera entró en un período de terror en el que fallecieron más de 40.000 personas, incluyendo a Robespierre, quien había sido uno de los grandes instigadores de la revolución y el miedo. Entre los años 1795 y 1799 se creó el Directorio con el difícil cometido de gobernar una nación que en menos de una década había pasado de tener privilegios feudales a convertirse en una república. El camino quedaba abierto para un hombre de baja estatura física, pero gigante en el conjunto de la historia de la humanidad: Napoleón Bonaparte.



Jubilosos revolucionarios celebran desde su interior la toma de la Bastilla.

NAPOLEÓN BONAPARTE

Hijo de Carlos María Buonaparte —después la familia entera se quitaría la vocal *u* para minimizar la sonoridad de un nombre que sonaba a italiano— y Leticia Ramolero, Napoleón nació en Córcega el 15 de agosto de 1769, en la ciudad costera de Ajaccio. Desde la adolescencia siguió el camino militar y, tras pasar por las escuelas militares de Brienne y París, en 1795 ya era general de división. Al año siguiente se casó con Josefina Tascher de la Pagerie.

El 27 de marzo de 1796 fue puesto al mando del Ejército, que se encontraba en lamentable estado en Liguria, durante la campaña de Italia, demostrando que sus proclamas tenían más poder que una batería de sitio:

> ¡Soldados! Estáis desnudos y mal alimentados. Se os debe mucho y no se os puede pagar nada. Vuestra paciencia y valor son admirables. Pero estos peñascos no os reportan ninguna gloria. Voy a conduciros a las llanuras más fértiles del mundo: ricas provincias y grandes ciudades que estarán pronto en vuestro poder. Y allí os esperan riquezas, honores y gloria. Soldados de Italia, ¿os faltará valor?

Emulando a Aníbal, atravesó los Alpes en dos semanas y consiguió una rotunda victoria, despertando desde entonces recelos en el Directorio. A pesar de ello, el Gobierno no podía prescindir de su más brillante y popular general y lo envió a la conquista de Egipto, en su nueva pugna contra Inglaterra. Tras desembarcar en Alejandría y derrotar a los bravos jinetes mamelucos, tomó El Cairo, pero la escuadra francesa fue derrotada en la rada de Aboukir por la potente Armada británica. Cuando, junto a las pirámides, la infantería francesa había visto acercarse sobre las dunas del desierto el increíble espectáculo de casi 10.000 mamelucos a caballo, blandiendo sus espadas con sus vistosos ropajes, Napoleón dijo otra de sus frases memorables: «¡Soldados! ¡Cuarenta siglos os contemplan! ¡Al ataque!».

Su Ejército en tierra era casi invencible, pero con la derrota en el mar tuvo que regresar apresuradamente a Francia y, en noviembre de 1799, ante la desorganización y desmoralización del país, dio un golpe de Estado, conocido desde entonces como *el dieciocho brumario*. Tras convocar un plebiscito, donde presentó una nueva Constitución, tomó el cargo de primer cónsul del país por un período de una década.

Tras las batallas de Marengo y Hohenlinden y la firma de los tratados de Luneville y Amiens, Francia vivió su mejor momento con la puesta en marcha de mejoras que beneficiaron al conjunto de la sociedad, tanto en la enseñanza como en la agricultura o la industria. El 4 de agosto de 1802, Napoleón Bonaparte fue nombrado cónsul vitalicio, pero su ambición no tenía límites y dos años después, él mismo se coronó emperador[1].

Austerlitz marcó el culmen de su genio militar el 2 de diciembre de 1805. Esta brillante victoria fue el resultado del enfrentamiento contra él de una nueva coalición formada por Inglaterra, Austria y Rusia. Tras la creación de la primera *Grande Armée* ('Gran Ejército'), Napoleón derrotó a austriacos y rusos, aunque no pudo llevar adelante su sueño de invadir Gran Bretaña. Prusia, enormemente preocupada por los nuevos acontecimientos y reparto de Europa, le declaró la guerra a Francia. Las victorias de Jena y Austerlitz aumentaron el territorio de Francia, pero una vez más sus palabras dominaron en el campo de la victoria psicológica de la guerra: «¡Soldados, estoy orgullo de vosotros! [...] Os bastará decir: Yo estuve en la batalla de Austerlitz para que entonces os contesten: "Este es un valiente"».

La paz de Tilsit, la guerra contra Suecia, la guerra de independencia española y la nueva guerra contra Austria dotaron al Imperio francés de nuevos territorios, hasta que el 9 de mayo de 1812, al frente del mayor Ejército que Europa había visto congregado bajo el dominio de un solo hombre, casi 600.000 efectivos —la segunda *Grande Armée*—, entró en territorio ruso. Tras la sangrienta batalla de Borodino, las tropas del emperador tomaron el abandonado Moscú, al que sus propios ciudadanos, por orden del zar, habían prendido fuego. Tras esperar un mes alguna clase de respuesta, el Ejército francés y sus aliados comenzaron una lenta retirada donde el «general invierno» diezmó las ya maltrechas tropas. Fue un desastre militar casi sin precedentes y marcó clarísimamente el declive militar de Francia.

Los problemas de Napoleón, al regresar a Francia, no habían hecho más que empezar y tuvo que enfrentarse a una sexta coalición. Los días 18 y 19 de octubre, en Leipzig, tuvo lugar la batalla de las Naciones, donde

[1]Se había previsto que inicialmente lo hiciera el Papa, pero en el último instante el hombre que no había doblado nunca sus rodillas ante nadie cogió él mismo la corona, se la puso sobre su propia cabeza y después colocó otra corona sobre Josefina.

el emperador fue severamente derrotado; el acoso al norte por los aliados, dirigidos por el prusiano Blücher, y por el duque de Wellington desde el sur, provocó su abdicación en favor de su hijo el 4 de abril de 1814. Enviado a la isla de Elba con excelentes condiciones económicas, volvió a Francia, donde desembarcó en Frejus el 1 de marzo de 1815. El señor de la guerra demostraría una vez más sus dotes de liderazgo:

> Franceses, desde mi destierro oí vuestros anhelos y vuestras quejas. Sé que reclamáis el Gobierno elegido por vosotros, el único legítimo. He cruzado los mares y aquí vengo a recuperar mis derechos, que también son los vuestros. Soldados, acudid a alistaros bajo la bandera de vuestro único jefe. Sólo de vuestra existencia se compone la suya. El águila con los colores nacionales volará hacia las torres de Notre-Dame. La victoria llegará rápidamente.

El Ejército enviado para detenerle cayó rendido a sus pies ante, una vez más, el arma preferida de Napoleón después de los cañones, el poder de la palabra: «¡Soldados del Quinto, yo soy vuestro emperador! Reconocedme. ¡Si hay entre vosotros un soldado que quiera matar a su emperador, aquí me tenéis!».

Ni que decir tiene que ninguno se atrevió y el día 20 del mismo mes era de nuevo el amo de Francia. Los aliados volvieron a declararle la guerra.

Napoleón intentó tomar la iniciativa para batir por separado a sus enemigos, pero el 18 de junio de 1815 las fuerzas combinadas del duque de Wellington y el mariscal Blücher le derrotaron definitivamente en una de las batallas más celebres e importantes de la historia del mundo: Waterloo. Fue confinado de por vida a la isla de Santa Helena, donde murió el 5 de mayo de 1821. La causa de su muerte todavía sigue originando un agrio debate y mientras muchos piensan que fue el fruto de un cáncer de estómago —del que también había muerto su padre— otros consideran que claramente fue envenenado. Sus restos fueron trasladados a Francia con gran ceremonia en 1840. Amado y odiado por igual, fue un militar excepcional, con un ego y una ambición política fuera de lo normal. Había muerto un genio de la historia, el hombre que soñó con los Estados Unidos de Europa, pero su nombre y su apellido todavía continuaban vivos.



Un victorioso Napoleón Bonaparte tras una de las muchas batallas que desangraron Europa.

NAPOLEÓN III

Después de Waterloo, concretamente en la década de los años veinte del siglo XIX, una nueva oleada revolucionaria recorrió Europa, especialmente en el área mediterránea, y a partir de la tercera década se trasladó más al interior del continente, como Bélgica, Polonia o Alemania. Francia no quedaría al margen.

El sucesor de Luis XVIII, Carlos X de Borbón, basó su monarquía nuevamente en el absolutismo, provocando grandes enfrentamientos y siendo obligado a abdicar a favor de Luis Felipe de Orleans, mucho más moderado. Pero su reinado tampoco duraría mucho, ya que la nueva revolución Europea, que pasaría a la historia con el nombre de *la primavera*

de los pueblos, afectó una vez más al trono de Francia. En 1847, la crisis que se vivía en el país, la hambruna y el descontento social llevaron a la proclamación de la II República, tras la huida de las Tullerías de Luis Felipe y su esposa camino de Inglaterra, bajo el nombre de señor y señora Smith. Quedaba el camino abierto, tras una fuerte represión, para que alguien intentara, sutilmente, al abrigo del paraguas revolucionario, una nueva restauración monárquica. Pocos podían imaginar entonces que esto ocurriría con un pariente de Napoleón Bonaparte.

El futuro Napoleón III nació el 20 de abril de 1808. Su madre, Hortensia de Beauharnais —hija de la ex emperatriz Josefina—, se había casado el 2 de septiembre de 1778 con el hermano pequeño de Napoleón Bonaparte, el rey de Holanda Luis Bonaparte. El primero de sus hijos murió a los cinco años, su segundo hijo en 1831 y, finalmente, sólo le quedó con vida el tercero: Carlos Luis Napoleón Bonaparte. El 10 de noviembre del mismo año de su nacimiento fue bautizado, siendo sus padrinos su tío el emperador Napoleón Bonaparte y la nueva emperatriz, de origen austriaco, María Luisa.

En Francia se corrió la voz de que era imposible que su padre fuera el rey de Holanda, ya que en las fechas en las que Hortensia habría podido quedarse embarazada su marido no estaba con ella y muchos estaban convencidos de que el verdadero padre era un esbelto escudero belga llamado Carlos de Blyandt. Probablemente la verdad nunca se sabrá, aunque el marido de Hortensia estaba convencido que él no era el padre biológico del niño, según confesión hecha al papa Gregorio XVI en la que describió a su mujer como «una Mesalina».

Lo cierto es que el niño, que según su madre se había adelantado casi un mes a la fecha natural del parto, nació débil y, para reavivarle, siguiendo la costumbre de la época, le bañaron durante un tiempo en vino. Puede que por la duda de su paternidad o por otros motivos, el marido de Hortensia no le prestó al muchacho gran atención y quedó casi siempre bajo la protección y cuidados de Hortensia, quien desde la adolescencia le inculcó la necesidad de recuperar la grandeza de su apellido.

Hasta los diez años, la lengua que hablaba era casi siempre el alemán, aunque dominaba el francés, el italiano y el inglés, este último con gran soltura. Aunque sus dotes intelectuales no eran muy brillantes, destacaba especialmente en gimnasia y equitación. Entró en la escuela militar de Suiza y, conocedor de la importancia de su ilustre apellido, se decantó inmediatamente por la artillería. Con los años, la gloria del Primer

Imperio le obsesionó y la política condicionó cada vez más su vida, hasta que en otoño de 1836 fracasó en un golpe de Estado vestido de capitán de artillería, al frente de un regimiento y varios oficiales, siendo todos arrestados. Previamente, el sublevado coronel Vaudrey, del 4.º regimiento de infantería de línea francesa, había hecho formar a todos los hombres en el patio de armas del cuartel y, tras presentar al sobrino de Napoleón Bonaparte, el propio Luis se dirigió a ellos:

> ¡Soldados! Estando resuelto a conquistar o morir en el intento de liberar a la nación francesa, yo estaba ansioso por ser el primero en dirigirme a vosotros antes de que todo esto acontezca, porque estamos unidos por fuertes lazos. Este fue el regimiento donde mi tío, el emperador, sirvió primero distinguiéndose en el sitio de Toulon; este es el valiente regimiento que le recibió en Grenoble, al volver de la isla de Elba. ¡Soldados! Nuevos destinos están reservados para vosotros. ¡A vosotros os espera la gloria de comenzar este cometido! Vuestro es el honor de ser los primeros en cuadrarse ante el águila de Austerlitz y de Wagram. [Tras levantar el águila continuó] ¡Este es el símbolo de la gloria y puede que también de la libertad! Durante quince años llevó a vuestros padres a la victoria; durante quince años relució en cada campo de batalla sobresaliendo sobre cada capital del continente europeo. ¡Soldados! ¡Uníos a mí en torno a este noble estandarte! Confío en vuestro honor y vuestro valor. Marcharemos juntos contra los traidores y los opresores de nuestro país. ¡Viva Francia! ¡Viva la libertad!

El 18 de enero de 1837, gracias a las súplicas de su madre ante el rey Luis Felipe I de Orleans, se conmutó la pena de cadena perpetua por la de destierro y embarcó en la fragata Andrómeda, camino de los Estados Unidos. Antes de abandonar suelo francés escribió:

> Me marcho con el corazón roto por haber sido incapaz de compartir el destino de mis compañeros en el infortunio; deseaba ser tratado como ellos. Mi misión ha fallado, mis intenciones ignoradas, mi destino, a pesar de mí, diferente al de los hombres que preparé; me convertiré para ellos en un mentiroso, un hombre ambicioso y un cobarde. Yo seré capaz de soportar este nuevo destino con resignación, pero lo que me descorazona es dejar a hombres en prisión cuya devoción a la causa imperial ha sido fatal para ellos. Me habría encantado ser la única víctima.

Tras hacer escala en Brasil, el barco llegó a Nueva York el 18 de enero de 1837. A partir de entonces, mantuvo una intensa correspondencia

con su madre en la que le contaba, entre otras cosas, lo fascinado que se sentía por el país. Allí se encontró con dos de sus primos, Luciano y Aquiles, el primero de los cuales estaba casado con una norteamericana llamada Carolina Frazer; ambos llevaban vidas bastante sencillas. Intentó ver al presidente Martin van Buren, a quien envió una carta agradeciendo su hospitalidad, pero tuvo que regresar primero a Inglaterra y después viajar a Suiza, tras saber que Hortensia estaba gravemente enferma. El 12 de junio del mismo año se embarcó de regreso al viejo mundo en el vapor George Washington.

Tras desembarcar en Liverpool, intentó a toda costa conseguir un nuevo pasaporte, que le fue denegado en la embajada francesa. Tras usar la astucia y un nombre falso, burló a la policía londinense que le vigilaba estrechamente, contactó con el cónsul de Suiza en Londres y por fin salió de Inglaterra el 30 de julio en dirección al puerto de Rotterdam. Su satisfacción aumentó al saber que su madre aún continuaba con vida, pues recibió una carta de principios del mismo mes de julio donde le decía:

> Mi estimado hijo, estoy muy contenta de saber que por fin has regresado a Europa. Es un consuelo, ya que ¡América está en el fin del mundo! Cada uno de nosotros se regocijará al verte y el cantón dice que eres su ciudadano y que, si consigues llegar, nadie tendrá derecho para enviarte lejos. Entonces, debes venir, pero nadie te dará un pasaporte con tu propio nombre. *Monsieur* Desportes me ha escrito, en nombre del general Gérard, diciendo que el Gobierno encontrará normal que vengas a verme para cuidar de tu madre y que no serás molestado; en cualquier caso, ellos mantienen el propósito de desterrarte, si causas problemas. En líneas generales estoy bien pero todavía muy débil y, sin embargo, duermo de nuevo, aunque no tengo nada de apetito. Todavía no puedo caminar. Me sacan fuera para tomar el aire. Confío, sin embargo, en que tu retorno me sentará bien. Te abrazo muy tiernamente. Ya no volveré a escribirte.

El 4 de agosto, tras recorrer una buena parte de Europa, nuevamente de incógnito, esta vez por el Rin, madre e hijo se reencontraron. La alegría duró poco, ya que el 5 de octubre dio a su hijo, que no se separaba de ella, su bendición y le rogó que fuera en todo momento un hombre valeroso. Cuatro horas más tarde la reina Hortensia expiró.

Napoleón regresó a Inglaterra, siempre seguido muy de cerca por la policía y por los espías franceses, hasta que consiguió burlar nuevamente la vigilancia poniendo pie en Francia el 6 de agosto de 1840. Se dirigió



Luis Carlos Napoleón Bonaparte coronado como Napoleón III.

hasta Boulogne, donde entró en el cuartel del 42.º regimiento de infantería de línea francesa e invitó a los oficiales a que le apoyaran en un nuevo golpe de Estado; pero nuevamente fracasó, produciéndose en esta ocasión varios muertos. Detenido, fue llevado a prisión y, durante el proceso, Luis Napoleón usó todo su encanto para convertir cada una de sus intervenciones en una arenga a favor del imperio: «Señores, represento ante ustedes un principio, una causa y una derrota. El principio es la soberanía del pueblo; la causa, la del imperio; la derrota, Waterloo. [...] En la lucha que se inicia hoy no hay más que un vencedor y un vencido. Si sois los hombres del vencedor no tengo por qué aceptar justicia de vosotros y tampoco acepto vuestra generosidad».

El efecto psicológico causado en Francia por sus palabras fue enorme, pero no impidió que esta vez le condenaran a cadena perpetua y fuera llevado a la prisión del castillo de Ham. Sólo vivió durante seis años entre sus paredes, ya que el 25 de mayo de 1846 consiguió escaparse con un plan digno de la mejor película de aventuras, que incluía un disfraz, gracias al cual llegó primero hasta Bruselas y de allí nuevamente a Londres, donde estaría muy poco tiempo, ya que deseaba volver cuanto antes a Francia.

En julio de 1846 salió de nuevo de la isla, esta vez para despedir a su moribundo padre. Su nueva escapada no le permitió llegar para verle con vida, pero le sirvió para comprobar que los aires de cambio ya se percibían en el ambiente político. Dos años después, la nueva revolución francesa, que proclamó una amnistía general, le permitió volver y, tras presentarse a las elecciones, se convirtió en presidente. Tras planificar un golpe de Estado (1 al 2 de diciembre de 1851) con el apoyo del Ejército, ordenó la ocupación del Palais Bourbon donde estaba reunida la Asamblea Legislativa, cuyos miembros más importantes fueron detenidos, e intentó legitimar estos actos el 20 de diciembre del mismo año con unas elecciones que sorprendentemente ganó con millones de votos a su favor. Así, consiguió primero ser presidente con plenos poderes y dejó el camino abierto para que, por fin, el gran milagro y sueño de su vida se cumpliera: ser proclamado emperador al año siguiente con el nombre de Napoleón III[2]. Curiosamente el

[2]Napoleón II fue el título dado al hijo de Napoleón I y la emperatriz María Luisa y nieto del emperador de Austria Francisco I. Desde siempre fue un niño débil y tuberculoso. Murió en julio de 1832 en Viena. Los franceses republicanos le llamaban despreciativamente *El aguilucho*.

acto de coronación oficial nunca se produjo, ya que Napoleón III y el papa Pío IX no alcanzaron un acuerdo para ello a pesar de intensas negociaciones. El nuevo emperador quería seguir la política de Napoleón Bonaparte de mantener al margen de las cuestiones de Estado a la Iglesia católica, la cual todavía estaba resentida con los Bonaparte. El Papa exigió que, para celebrar una coronación religiosa, el Gobierno de Francia se comprometiera a que solamente fueran válidos los matrimonios religiosos, suprimiendo los civiles. El emperador dijo que si eso era así y la Iglesia católica se empecinaba en su propuesta, entonces su Gobierno rompería el concordato con la Santa Sede. Al final se llegó a una situación en tablas y ni uno ni otro consiguieron sus objetivos.

Desde entonces, uno de los grandes enemigos del emperador, quien tuvo incluso que exiliarse por ello, fue el escritor Víctor Hugo. Desde Bruselas siguió siendo uno de los más críticos contra el II Imperio y de su sátira sobre Napoleón III titulada *Napoléon le petit* ('Napoleón el pequeño') se vendieron miles de ejemplares de contrabando en Francia. Con la caída del II Imperio, Víctor Hugo regresó a Francia, donde continuó su influyente carrera literaria y política, aunque su vida personal fue un auténtico infierno.

LA FAMILIA IMPERIAL

María Manuela Enriqueta Kirkpatrick de Glosburn y Grenique, condesa de Teba y viuda de Montijo, sabía que la Francia imperial nunca se consolidaría sin un heredero. Residente en París, jugó su mejor carta: su hija María Eugenia Ignacia Agustina Palafox de Guzmán Portocarrero y Kirkpatrick. La invitación para asistir a una cena de gala en el palacio del Elíseo, en honor de Luis Napoleón Bonaparte, fue tan sólo un capítulo más de una larga y planificada estrategia para que el emperador se fijara en su hija… y dio resultado.

María Manuela, que había llegado a España procedente de Escocia acompañando a su padre, William Kirkpatrick, cónsul de Inglaterra en Málaga (más tarde se dedicó a la vinicultura), ya había demostrado en su juventud sus ambiciones casándose con don Cipriano de Guzmán Portocarrero y Palafox, conde de Montijo y grande de España. El conde de Montijo había estado al lado de la causa bonapartista en España, sirviendo en el Ejército francés y siendo severamente herido en la batalla de



Eugenia de Montijo, la española que se convirtió en emperatriz de los franceses.

Salamanca, donde perdió la visión del ojo derecho por la metralla y le quedó una cojera de por vida. Profundamente idealista, fue de los últimos afrancesados en reconocer que la aventura de José Bonaparte estaba abocada al fracaso, pero los sucesos desencadenados tras el desastre de Vitoria de 1813 le hicieron darse cuenta de que todo estaba perdido. Permanecer en el país habría sido poco menos que un suicidio para un afrancesado, por lo que huyó a Francia, pero regresó a España amparándose en la amnistía proclamada por el rey Fernando VII.

La vida en pareja no fue de muchos años, ya que María Manuela enviudó pronto, pero antes tuvieron dos hijas. La fortuna del conde de Montijo, sin ser enorme, tampoco era poca cosa y, junto a un legado de títulos y propiedades, la vida de las tres mujeres quedaba asegurada. Madrid fue el segundo escenario de María Manuela y allí casó a su hija Francisca —a la que todos llamaban Paca— a la edad de 19 años, el 14 de febrero de 1844, con uno de los mejores partidos de la época: Jacobo Luis Fitz-James Stuart, el duque de Alba de Tormes. Aunque la condesa había recibido el honor por parte de la reina de España Isabel II de ser nombrada camarera mayor, doña Manuela tenía, una vez casada la hija mayor, un nuevo objetivo. Ahora era el turno de Eugenia, quien fue pretendida por el duque de Sesto y más tarde por el duque de Osuna, embajador de España en París, pero su madre tenía miras más altas.

María Eugenia Ignacia Agustina de Guzmán y Palafox Fernández de Córdova Leyva, condesa de Teba, de Baños, de Mora, de Santa Cruz y de la Sierra, marquesa de Moya, de Ardalles y Osera, vizcondesa de la Calzada y Grande de España, había venido al mundo el 5 de mayo de 1826 después de que un terremoto sacudiera la morisca ciudad de Granada. El susto provocó que el pueblo entero abandonara sus casas y muchos se refugiaran en el campo. A su madre le vinieron los dolores de parto y debajo de uno de los árboles de su jardín, situado en la aristocrática calle de Gracia, en el número 12, trajo al mundo a Eugenia. De alguna manera, su nacimiento marcó también su destino, ya que su vida sería sacudida por otro temblor de inmenso dolor del que nunca se recuperó[3]. El bautizo

[3]Algunos historiadores, especialmente británicos, sugieren que Eugenia no era hija natural del conde de Montijo, ya que este por esas fechas se hallaba en prisión, con otros liberales, y que podría ser su padre el conde George Clarendon, ministro de Asuntos Exteriores británico, que por un tiempo vivió muy cerca de María Manuela en París, durante los años de exilio.

se produjo en la parroquia de Santa María Magdalena, también en Granada, ciudad que siempre se sintió orgullosa de ella. En la casa donde nació todavía puede leerse la siguiente inscripción: «En esta casa nació la ilustre señora doña Eugenia de Guzmán y Portocarrero, actual emperatriz de los franceses. El Ayuntamiento de Granada, al colocar esta lápida, se honra con el recuerdo de su noble compatricia. Año de 1867».

Tras dejar Madrid, madre e hija se trasladaron a París donde alquilaron una casa en la calle La Paix. Acababan de dar los primeros pasos para introducirse en la alta sociedad francesa. Una noche, en una cena de gala en el palacio del Elíseo, madre e hija desplegaron todo su encanto femenino. Según las crónicas de la época, la joven española vistió un elegantísimo traje de seda azul que potenció su ya bella presencia. No era la primera vez que Luis Napoleón veía a la joven dama española, ya que al menos en una ocasión habían «coincidido» en Inglaterra cuando él vivía por segunda vez en el destierro, pero ahora el emperador, quien casi le doblaba la edad, la miró de manera distinta. Fascinado por la mujer que contemplaba preguntó a su prima, la princesa Matilde, quién era aquella bella dama, y ella contestó: «Es una extranjera, *mademoiselle* de Montijo, recién llegada de Andalucía».

Napoleón contempló sus bellísimos ojos claros, junto a sus cabellos con reflejos dorados y pelirrojos, y pidió ser presentado, comprobando así sus exquisitos modales enseñados desde la cuna, junto a un francés, que en muchos casos superaba al de muchas damas parisinas. Eugenia conocía más sobre la literatura de aquel país que muchos franceses, sabía la historia de Francia y sus movimientos revolucionarios a la perfección, hablaba cinco idiomas, era una experta e intrépida amazona[4], tenía un tono de voz dulce y armónico, le fascinaba la música y amaba la ópera. Entonces, uno de los hombres más poderosos del mundo en aquel momento supo que estaba ante la mujer que le daría su ansiado heredero. Las pinturas de Winterhalter sobre ella muestran a una mujer enormemente atractiva, dentro de los cánones de la época. Su belleza y la luminosidad de su rostro, junto a una exquisita educación potenciada al máximo, dejaron prendado, como él mismo lo reconoció, al hombre que lideraba el Segundo Imperio francés.

[4]Durante una cacería con galgos, acontecida en noviembre del mismo año, muchos fueron testigos de ello, pues dejó atrás a muchos caballeros. Napoleón, por su audacia, le compró la montura a un conde y se la regaló a la futura emperatriz, pasando así a formar parte de las caballerizas reales.

Al día siguiente de conocer a la bella Eugenia, de 26 años, Napoleón cursó una nueva invitación, esta de carácter personal, para *mademoiselle* Montijo, a través de la cual tuvieron un nuevo encuentro en la Navidad de 1852. Allí comenzó un breve pero intenso cortejo, que terminó con una petición formal de mano por carta a doña Manuela el 1 de enero de 1853:

> Señora:
> Hace ya tiempo que estoy enamorado de su hija y es mi deseo convertirla en mi esposa. Me permito, pues, pedirle a usted su mano, considerando que no existe en el mundo una mujer más capaz de labrar mi dicha, ni más digna de llevar mi corona.
> Napoleón

En su momento, se dijo que doña Manuela exclamó «¡ya era hora!», pero la carta escrita al marqués de Rochelambert muestra también a una madre, a pesar de todo, preocupada:

> No sé si debo alegrarme o llorar. Muchas madres me envidiarían por no poder explicar mis lágrimas. Eugenia será reina de Francia, pero no puedo dejar de pensar que las reinas saben que las alegrías son pocas. Hago lo que puedo para no obsesionarme por el recuerdo de María Antonieta, y me pregunto si el miedo por mi pobre niña no es porque pueda legar un destino similar.

Napoleón sabía que muchos deseaban un matrimonio más ventajoso para la nación[5], pero él estaba plenamente convencido de su elección y para callar la boca de todos aquellos que consideraban una humillación su matrimonio con *la española,* el 22 del mismo mes dejó a todos atónitos cuando los representantes del Consejo de Estado y Cámaras estaban reunidos en la sala del trono al pronunciar las siguientes palabras:

[5]Él había hecho intentos para cortejar a otras pretendientes, entre ellas su propia prima Mathilde —que siempre estuvo enamorada de él—, algo que desconcertó a su tío Jerónimo. La princesa Adelaida de Hohenlohe-Langeburg tenía sólo 17 años y rechazó el ofrecimiento tras la intervención en contra de su tía la reina Victoria. La reina María de Portugal gentilmente declinó la propuesta por su hija. La princesa sueca Wasa, por presiones de la madre del emperador Francisco José y de su propio padre Gustavo, también rechazó la propuesta. En París se decía, con cierta sorna, que no había puerta de sangre azul que el emperador no hubiera tocado en Europa y que, en todas, le habían dado calabazas.

> Señores, me rindo al deseo tantas veces expresado por el país y os anuncio mi matrimonio. La unión que contraigo no está de acuerdo con las tradiciones de la antigua política; he aquí una de sus ventajas. Los ejemplos del tiempo pasado han dejado en el espíritu del pueblo creencias supersticiosas. El pueblo no ha olvidado que desde hace setenta años las princesas extranjeras no han subido las gradas del trono de Francia más que para ver su raza dispersa y proscrita por la guerra o la revolución. Una sola mujer pareció traer mejor fortuna y vive más que las otras en los recuerdos del pueblo; esa mujer, esposa modesta y buena del general Bonaparte, no era de sangre real.
>
> Cuando, frente a la vieja Europa, se ha sido elevado por la fuerza de un nuevo principio a la altura de las antiguas dinastías, no es envejeciendo el blasón, buscando entrada a cualquier precio en la familia de los reyes, la manera de hacerse aceptar. Vale mucho más recordar siempre el origen, conservar el carácter propio y tomar francamente, vis a vis de Europa, la posición de advenedizo, título glorioso cuando se adquiere merced al libre sufragio de un gran pueblo.
>
> Yo quiero, señores, decir a Francia: he preferido a una mujer que amo y respeto frente a una mujer desconocida, cuya alianza hubiera tenido ventajas llenas de sacrificios. Cedo a mis deseos después de haber consultado mi razón y mis convicciones. En fin, colocando la independencia, las cualidades del corazón y el bien de la familia por debajo de los prejuicios dinásticos y de los cálculos de la ambición, no seré menos fuerte, porque seré más libre.

Con la bendición del arzobispo de París, monseñor Sibour, en la catedral de Notre-Dame, el 30 de enero de 1853 terminó la ceremonia nupcial que había comenzado dos horas antes[6]. Desde el palacio de las Tullerías partió la carroza de ocho caballos —la misma que en su momento llevó a Napoleón y Josefina en 1804 y en 1810 a Napoleón y María Luisa— hasta la catedral, escoltada por los carabineros y la guardia de coraceros a caballo, a través de calles engalanadas y siendo la primera fila soldados que apartaban a la multitud. La novia, completamente vestida de raso blanco aterciopelado, con larga cola y mantón de punto, que llevaba sobre su cabeza una diadema prestada de diamantes y zafiros, herencia de las emperatrices María Luisa y Josefina, y en el cuello, un collar de perlas regalo de su madre[7], caminó por el pasillo de la catedral a

[6]El día antes se celebró una sencilla ceremonia civil, que duró menos de cinco minutos, realizada por el presidente del Consejo de Estado.

[7]En 1872 lo vendió por la desorbitada cantidad de la época de 1.200.000 francos.

las once de la mañana contemplada por los ojos de la mayoría de las casas reales europeas y seguida por veinticinco doncellas, de lo más granado de París, vestidas de blanco, llevando pequeños cestos de flores con violetas. El emperador vestía el uniforme de general y llevaba sobre su pecho el Toisón de Carlos V y la Legión de Honor que había pertenecido a su tío Napoleón. Quince mil velas adicionales iluminaron el interior de la catedral. El arzobispo de París preguntó, en nombre de la Iglesia católica y del papa Pío VII, primero al emperador:

> —Señor, ¿desea y declara usted ante Dios y jura ante su Santa Iglesia que ahora toma como legítima esposa a la señora Eugenia de Montijo, condesa de Teba, aquí presente?
> —Sí, señor.
> —¿Promete y jura usted serle fiel a ella en todas las cosas como un marido fiel debe ser con su esposa?
> —Sí, señor.
> —Señora, ¿declara, reconoce y jura ante Dios y su Santa Iglesia que ahora usted desea tomar por marido y legítimo esposo al emperador Napoleón III, aquí presente?
> —Sí, señor.
> —¿Promete y jura usted serle fiel a él en todas las cosas como una esposa fiel debe ser con su marido según el mandato de Dios?
> —Sí, señor.

Tras intercambiarse los anillos, el arzobispo puso sus manos sobre ellos y los bendijo en el nombre del Dios de Abraham, Isaac y el Señor Jesucristo, declarándolos marido y mujer. Firmaron como testigos por parte del emperador varios mariscales de Francia y representantes del Consejo de Estado, el Cuerpo Legislativo y el presidente del Senado. Por parte de la novia, los testigos fueron el general Álvarez de Toledo, el embajador de España, el conde Calvez, el duque de Osuna, el marqués de Bedmar y su madre. La noche de bodas la pasaron en la habitación principal del castillo de Villeneuve-l'Etang.

Desde que se conocieron, apenas unos meses atrás, todo había ido muy rápido. Los comentarios iban desde aquellos que tan sólo consideraban a Eugenia una extranjera sin el necesario abolengo, aunque por sus venas corriera sangre francesa, hasta los que sabían que era una opción mucho más que interesante para el futuro de Francia y de su imperio. Ella era consciente de todo y, antes de subir al trono, dijo: «Deseo ardientemente que mi matrimonio no sea una carga extra al país que, de aquí en



La pareja imperial el día de su boda en la catedral de Notre-Dame.

adelante, es el mío y mi ambición es compartir con el emperador el amor y la estima por la nación francesa».

En París se rumoreaba, con malicia, que el emperador había quedado prendado de su belleza y educación, lo cual era en parte verdad, y que había intentado seducirla antes de llevarla al altar, pero la leyenda decía que la bella dama española, como algunos la llamaban, le había contestado con firmeza granadina y así lo había demostrado con su boda: «En mi corazón, o en mi alcoba, sólo se entra a través de la puerta de la vicaría».

UN PRÍNCIPE SIN CORONA

Tras dos abortos previos, por fin, a las dos de la madrugada del 16 de marzo de 1856, domingo de Ramos, los pasillos del palacio de las Tullerías eran un hervidero de asistentes, médicos y comadronas que se movían de un lado a otro dando órdenes en estado de gran nerviosismo. Otros mantenían el tipo lo mejor que podían, pues era necesario que fueran testigos del alumbramiento, y la situación era claramente incómoda para el ministro de Justicia que se encontraba presente. En el dormitorio, los dolores de parto habían comenzado la madrugada del día anterior y existía cierta preocupación porque comenzaba a retrasarse demasiado; además, parecía que la cabeza del retoño era particularmente grande[8]. La madre de la emperatriz, que apenas había llegado a palacio dos días antes, era la que llevaba la voz cantante y lideraba la situación, en ocasiones por encima de los tocólogos Conneau y Dubois. En una habitación contigua se encontraban el príncipe Murat, el presidente del Consejo de Estado y varios caballeros, comentando entre ellos que el agotamiento continuado de la emperatriz era ya muy evidente por los tremendos dolores soportados durante casi 24 horas, y que difícilmente podría resistir dar a luz por ella misma. Finalmente, se decidió ir en busca del afamado doctor M. Darrale, quien al comprobar lo terrible de la situación aconsejó la inmediata acción de fórceps, por el alto riesgo de muerte de la madre, pero para ello se necesitaba el beneplácito del emperador, ya que entonces se consideraba una acción peligrosa para la vida del bebé.

[8]El hecho de que la emperatriz no tuviera un hijo hasta tres años después de la boda había dado que hablar a la parte más chismosa de París, especulando sin fundamento alguno que la edad de 30 años era muy peligrosa para dar a luz una primeriza.



El príncipe imperial fotografiado a los tres meses.

Una hora y media más tarde, un precioso y completamente sano varón vino al mundo: el heredero de la corona de Francia al que poco después se le administró un bautismo privado a la espera de la ceremonia oficial. Su padre estaba eufórico, fuera de sí, besando a casi todo el mundo, o al menos a los cinco primeros con los que se cruzó, hasta que recuperó la sobriedad.

La gran noticia del nacimiento del heredero del trono en las Tullerías llegó primero hasta Notre-Dame, siendo anunciando el ilustre acontecimiento desde allí a todo París tocando sus campanas y posteriormente con el tronar de 101 cañonazos desde el cuartel de artillería de la guardia imperial. Miles de banderas tricolores se colgaron de balcones y ventanas en una de las ciudades más bellas del mundo. Se decretó una amnistía y todos los niños nacidos el mismo día que el príncipe imperial fueron apadrinados por el emperador y la emperatriz. El Ayuntamiento de París regaló a sus padres una cuna bellamente decorada con águilas y coronas imperiales.

El 14 de abril, a las cinco de la tarde, se inicio la ceremonia del bautizo público en la catedral de Notre-Dame, siendo su padrino Su Santidad el Papa y su madrina la reina de Suecia y Noruega. La decoración interior le fue encargada a quien ya tuvo esa responsabilidad en la boda de los soberanos de Francia, el arquitecto Viollet le Duc.

El cortejo imperial estaba formado por un total de 12 carruajes con 96 caballos de tiro, escoltados por seis escuadrones de cazadores de la guardia a caballo, otros seis escuadrones más de coraceros y cerraban la comitiva dos escuadrones de lanceros. Las calles de la ruta hacia Notre-Dame estaban protegidas por una doble fila de soldados de la guardia imperial en cada acera.

El niño fue bautizado con el nombre, en francés, de Napoléon Louis Jean Joseph Eugène Bonaparte usando una pila del siglo XII traída a Francia desde Jerusalén en una de las cruzadas. Tras el toque triunfal del *Te Deum,* en una ceremonia que al final se prolongó por espacio de casi dos horas y que congregó dentro de la catedral hasta seis mil almas, el príncipe, acompañado de su padre que lo llevaba en brazos, salió de la catedral en medio de un gran júbilo, soltándose centenares de globos llenos de golosinas para los niños que rodeaban Notre-Dame. El emperador, embargado nuevamente por su júbilo interior, se giró hacia la multitud y gritó: «¡Viva el príncipe imperial!», siendo contestado por un gran aplauso y gritos de «¡Viva el emperador!».

La partida de bautismo, que tenía casi más de crónica periodística rosa que de una fe misma, la registró el abate Laisae:

> El altísimo y muy poderoso príncipe Napoleón Louis Jean Joseph Eugène Bonaparte, hijo de Francia, nacido en París el 16 de marzo anterior y bautizado el mismo día por monseñor Alexis-Basile Menjaud, obispo de Nancy, primer limosnero del emperador, hijo del muy alto, muy poderoso y muy excelente príncipe Napoleón III, emperador de los franceses y de la muy alta, muy poderosa y muy excelente princesa María Eugenia, emperatriz de los franceses, recibió las demás ceremonias del bautizo en la iglesia metropolitana de París por Su Eminencia monseñor Constantino Patrizzi, obispo de Albano, cardenal de la Santa Iglesia romana, arcipreste de la Basílica patriarcal de Liberia, vicario general de Su Santidad el papa Pío IX y legado a látere.
>
> Ha sido padrino Su Santidad el papa Pío IX, representado por Su Eminencia el Cardenal Legado. Ha sido madrina la muy alta, muy poderosa y muy excelente Josefina Maximiliana Eugenia, reina de Suecia y Noruega, en presencia de Napoleón III, emperador de los franceses y de la muy alta, muy poderosa y muy excelente, emperatriz de los franceses. De S. A. I. el

príncipe Jerónimo Napoleón, de S. A. I. la princesa Matilde, de S. A. Gran Ducal la princesa María, duquesa de Hamilton, de S. A. R. el príncipe Oscar, de los príncipes Luis, Luciano Bonaparte y la princesa Bacciochi, el príncipe Joaquim Murat, de Su Señoría el duque de Hamilton y de Su Excelencia el duque de Alba y de Berwick.

En presencia también de monseñor Marie-Dominique-Auguste Sibour, arzobispo de París, oficial de la Legión de Honor, de los cardenales, arzobispos y obispos de Francia, de los canónigos titulares y honorarios de la Iglesia de París, de los canónigos del capítulo imperial de Saint-Denis, de los sacerdotes de París, así como del cuerpo diplomático, de los ministros, de los mariscales, de los almirantes, de los diferentes cuerpos del Estado, de los alcaldes de las capitales de los departamentos, de las diputaciones de la guardia nacional y del Ejército y muchas otras diputaciones.

Esta acta está hecha en presencia del señor Jean-Louis Legrand, cura de la parroquia imperial de Saint-Germain-l'Auxerrois, antiguo canónigo, arcipreste y caballero de la Legión de Honor, y firmada por el emperador, la emperatriz, el cardenal-legado, representante de Su Santidad el papa Pío IX, la gran duquesa de Baden, representante de la reina de Suecia y Noruega y de los príncipes y princesas más arriba nombrados, así como de monseñor el arzobispo de París y del cura de la parroquia imperial.



El 14 de abril tuvo lugar el bautizo público del heredero del imperio.

El emperador, la emperatriz y el niño se dirigieron al Ayuntamiento tras salir de la catedral. La celebración iba a durar tres días completos, pero antes la ciudad quería honrarle. Después se dirigieron a palacio para seguir festejando el acontecimiento junto a más de 2.000 invitados, donde estaba lo más granado «del todo París» y de la realeza europea.



La familia imperial fotografiada al completo cuando Luis Eugenio tenía diez años. Aparece, como en muchas otras ocasiones durante su niñez, vestido con el uniforme de la guardia imperial, cuerpo del que fue hecho miembro nada más nacer.

El niño creció rodeado de todo el lujo de la época y su madre, que lo adoraba, le llamaba cariñosamente, hasta casi bien entrada la adolescencia, *Lou-Lou,* aunque todos, incluyendo su padre, terminaron llamándole Luis Eugenio. Tenía unos hermosos ojos azules, muy claros, y su cabello, que era durante los primeros años de su infancia dorado y algo rizado, se terminó volviendo negro. Su vida no fue muy diferente a la de otros niños de la realeza, salvo porque su padre quería para él la vocación militar, pues un Napoleón no sólo debía saber llevar la corona, sino también el mando de un poderoso Ejército, como era el caso de Francia. Aún no había dado sus primeros pasos cuando fue enrolado en el primer regimiento de la guardia imperial, la fuerza de élite del imperio desde los tiempos de Napoleón Bonaparte, cuyo uniforme de gala apenas había experimentado muchas modificaciones; incluso todavía llevaban el distintivo gorro alto de piel de oso.



Desde niño, aunque no destacó en los estudios, siempre tuvo una fuerte vocación militar, como su padre y su tío abuelo.

El coronel del regimiento hizo formar a todos los hombres el día que el niño recibió su primer uniforme, a los tres años, y fue promovido a cabo tambor. Para muchos fue un momento muy emotivo y divertido verlo en medio de la formación de aquellos altos guardias que miraban con curiosidad al hijo de su emperador.